

VERSION ESPAGNOLE ET COURT THÈME

I. VERSION

Cuando surgió el rumor de mi ingreso en Bellas Artes, de que alguien estaba dispuesto a presentar mi candidatura a la Academia, yo dudé si aceptarlo, consciente de mi escaso academicismo, pero ella, poco envanecida, me animó : debes hacerlo y luego meter a Primo y César Varelli allí. Hay que rejuvenecer esa casa. El que no la conociera hubiera pensado mal, se hubiera burlado de mi incauta aprobación de aquella amistad con Primo, pero yo conocía el alcance de su relación, el juego estrictamente intelectual que se desarrollaba entre ellos. Ambos vibraban con lo bello ; la diferencia estribaba en que mientras el sentido de la belleza no rebasaba en Primo la esfera del arte, tu madre *descubría* la belleza en las cosas más precarias y aparentemente inanes. Y donde no existía, era capaz de crearla rompiendo con los valores establecidos, asumiendo todos los riesgos.

Y, sin embargo, ella no admitía que esto fuera un don, que el resto de los mortales no fuésemos capaces de llegar donde ella llegaba. Es decir, si yo le hacía un regalo, no sólo aspiraba a que la sorprendiera, sino a que la sorpresa fuera de su gusto. Pretendía que el objeto que, de repente, le apetecía, se me ocurriera regalárselo a mí. Esto le parecía natural, cuando tan difícil era. De ahí que cada vez que me equivocaba (que era con mucha frecuencia), por debajo de su aparente satisfacción, se traslucía un punto de desencanto, quizá no tanto por la futilidad del regalo como por mi falta de discernimiento. No comprendía mi torpeza. Ella entendía que, siendo un artista sensible, mi fracaso a la hora de distinguir lo bello de lo feo carecía de justificación ; era simple pereza mental. Es pura pereza mental, me decía. Pero bien sabe Dios que no era pereza mental. Yo la amaba tanto que hubiera sacrificado la falange de un dedo por acertar, siquiera una sola vez en la vida. Que, al menos una vez, ella, al recibir mi regalo, hubiese pensado : Dios mío, esto es lo que más deseaba del mundo. Pero esto no llegó a producirse ; era una aspiración imposible. Conformar mi ineptitud con su buen gusto, seguir el vuelo de su fantasía, sobrepasaba mi perspicacia. Ella se resistía a orientarme y yo era incapaz de hallar por mis propios medios algo que la complaciera. El problema era insoluble, de modo que cada vez que le regalaba alguna cosa, lo hacía cohibido, porque, aunque ella fingiera satisfacción, yo intuía que una vez más me había equivocado ; que *aquello*, como los regalos precedentes, acabaría encerrado en un oscuro cajón, o desaparecería de casa sin dejar rastro.

A poco de casarnos, por los años en que tú naciste, todavía no había perdido la esperanza de acertar. Anhelaba sorprenderla y, cada vez que callejeábamos juntos, vigilaba su expresión ante las vitrinas de los comercios, escuchaba sus comentarios con Verónica, observaba a las mujeres que admiraba ; todo inútil. El error volvía a producirse. Mis pesquisas no servían de nada, de modo que, a medida que transcurrían los años, iba encontrándome más sobrante y paradójico. Y así siguieron las cosas hasta que llegasteis vosotras. Fue preciso que crecierais, tú, Alicia, la pequeña Mar, para hallar una solución. Con vuestra asistencia apenas había riesgo de equivocarse. Disponíais de información y, a falta de ella, estaba la intuición. Entre ella y vosotras existían vías de comunicación invisibles, una corriente por la que os transmitía sus vibraciones ante lo bello. Pero, ¿por qué misteriosos caminos le llegaron a ella estas vibraciones ?

Miguel DELIBES, *Señora de rojo sobre fondo gris* [1991], Barcelona : RBA, 1993.

II. THEME

On ne peut vraiment bien traduire que les livres dont on aurait souhaité être soi-même l'auteur. Pour qu'une traduction littéraire soit inspirée et vivante, il faut que le traducteur soit habité par l'esprit de l'auteur, et qu'il arrive à s'identifier à lui. Il me semblerait impossible de bien traduire un homme pour qui l'on n'aurait ni sympathie ni respect, ou avec qui on n'aurait pas de valeurs communes, ou dont l'univers intellectuel, moral, artistique et psychologique nous serait indifférent ou hostile. Il y a là une évidence que répètent tous les maîtres traducteurs. Ainsi Coindreau : « Un traducteur doit connaître ses limitations et ne pas s'attaquer à des ouvrages que lui-même n'aurait pas pu ou, plus exactement, n'aurait pas aimé écrire. Traduire est un acte d'amoureuse collaboration. » Et Valery Larbaud : « Nous penserons toujours qu'une traduction dont l'auteur commence par nous dire dans sa préface qu'il l'a faite parce que l'original lui a plu a quelque chance d'être bonne. » Mais ensuite Larbaud va beaucoup plus loin, et il développe l'idée que la traduction est une sorte de plagiat sublimé. Selon lui, le premier mouvement de l'écrivain en herbe, c'est de plagier.

Simon LEYS, *L'ange et le cachalot*, Paris : Seuil, "Points" 1998.